

LUCIO FRANCÉS, S. J.

Por las rutas del heroísmo...

Comandante
LORENZO RAMIREZ



Gráficas Afrodísio Aguado, S. A.
Bravo Murillo, 31.-Madrid.-1941

G-F 10081

DGCL

A

POR LAS RUTAS DEL HEROISMO...

C. 1205367

t. 127492

Pere J. Urbano Jordà de Conca,
el amigo bueno y fiel, alma
noble, que en las horas trágicas
de España supo serlo
todo, dándose a sí mismo
la tarea de redención de España.

...OMIORH JBQ 2AJ 907
...TOR LAS 2 DEL HERISMO...

Afectuosamente
Lucio Franco
Salamanca - 8 - XII - 1947

LUCIO FRANCÉS, S. J.

**Por las rutas
del heroísmo...**

**Comandante
Lorenzo Ramírez**

Gráficas Afrodisio Aguado, S. A.
Bravo Murillo, 31. - Madrid. - 1941

LUCIO FRANCÉS, S. R. L.

Por las tulpas
heróicas...

ES PROPIEDAD
Copyright by
Lucio Francés 1938
Con las debidas licencias

Comandante
Lorenzo Ramírez

Editorial Espasa y Calpe, S. A.
Calle Balmes, 31 - Madrid (1938)

A
Laura Iglesias de Ramírez

Para quien floreció
la eternidad de su amor.



La Junta de Estudios de Salamanca

Para quin fiores
La cantidad de se avise



R.125804



LORENZO RAMIREZ JIMENEZ

Nace en Soria el 20 de agosto de 1899. Cursa el Bachillerato en Palencia y los estudios militares en la Academia de Toledo. La tenacidad en el trabajo y su inteligencia vigorosa le rinden altas calificaciones. Místico de la guerra—novia de toda su vida—, rompe la permanencia reglamentaria en la Península por seis meses; en 1921 cruza el Estrecho y se alista en los Caballeros de la Legión.

La política decadente abre brechas en el costado de España; aventurero del heroísmo, lucha en tierras africanas nueve años. Silencia la revolución demagógica su nombre, hasta que otra revolución—la nuestra, la nacionalsindicalista—le lleva como Jefe Camarada al puesto del combate y del honor. No puede gozar del triunfo. En Lérida, reconquistada para la Patria, encontró en abrazo inmortal a la muerte por Dios, España y su Revolución Nacionalsindicalista.

CAMARADA LORENZO RAMIREZ JIMENEZ, capitán de Infantería, comandante jefe de la sexta Bandera de la Legión, comandante de la primera Bandera de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Palencia, héroe de España.

La fe puesta en Dios y en España, te saludamos con el brazo extendido y la plegaria en el corazón.

Comandante Ramírez:

¡PRESENTE!

Muerto, aún habla.

No le conocía. Y vivíamos en la misma ciudad de Castilla (Palencia) hacía dos años. Después lo supe. Retirado, por el decreto de Azaña, a la soledad del hogar, departía las horas en el cultivo de un huerto, en la lectura de libros y en el amor de su mujer y familiares.

Repugnaba a su conciencia religiosa y patriótica la trituration del sentimiento católico y del amor a España. Condenando la farsa parlamentaria, el régimen burgués y la libertad de propaganda contra la sociedad y la patria, esperaba tiempos oportunos para la pelea. Camisa azul de las horas difíciles, la honró siempre como el emblema de la nueva grandeza de la patria.

Y fué en Aguilar de Campóo—«Ese, ése es el capitán Ramírez»—. ¿Sugestión?... ¿Impresionismo? Traía el pelo enmarañado y rizado cubierto de polvo, la austeridad de asceta en su cara, un rictus duro en sus labios, un asomo de sonrisa en su saludo, y además...

aquellos ojos azules, profundos como un misterio, atormentadoramente cariñosos, por los que se asomaba un alma en su medula amorosa y noble; en su exterior, dura como las cortezas de las pinos de su tierra soriana.

¿Lo recuerdas desde los luceros, capitán Cuadrao?

—**Acércate, páter—me dijiste—. «Me impresiona»,** te contesté... Después... La comunicación cordial. Había en él un gesto redentor y comprensivo y de una justicia inflexible. «Yo, que tengo el espinazo duro, vertical, inflexible, netamente nacionalindicalista; que no me estorba, para ayudarme a cumplir con mi deber, la satisfacción interior de ver que mi labor es estimada y comprendida por los que se encuentran en puestos superiores al que ocupo..., no considero mérito ninguno cumplir con mi deber. Para morir en paz con mi conciencia y con mi patria me basta con el puesto que ocupo.»

Comunicaba yo, en cierta ocasión, con el capitán lobo—otro héroe destrozado por una bala—mis temores del fracaso de nuestra revolución en la provincia palentina:

—**No hay hombres—le repetía.**

—**Tengo uno que vale por mil—me contestó.**

Este uno era Ramírez. Y él se llamaba a sí mismo, en la intimidad, «el ordinario de la familia».

Aquel su hablar y escribir seco y cortado, como chasquido de látigo que cae sobre el lomo de potro indomado, tenía el corte de la razón árida.

—**¡Qué duro es este hombre!—decía el general Yagüe—. Pero el caso es que siempre tiene razón.**

Y, sin embargo, su corazón tenía exquisiteces de de-

licadeza. ¿Cuántos meses fueron? Seis, siete... Con el niño de su hermano Hilario se los pasó a la cabecera de la cama, en Madrid, durante todas esas noches, sin consentir que otro le velara. El le aseaba, le cuidaba, le alimentaba como mamá cariñosa. Caso repetido con la niña Matilde, hija de su hermano Dionisio, durante el tifus.

Lo refresco en mi memoria con amor, porque fué mfo. Hospitalizado, un mes, por una infección intestinal, no hubo día que dejara de visitarme, bajando del monte para hacerme la tertulia con los inseparables hermanos—así se llamaban—el capitán Cuadrao (¡presente!) y el ahora comandante Rafael Pombo.

Su indumentaria, ¿quién no la recuerda? Su zapato duro de tachuelas, su camisa azul cubierta por la cazadora; al cinto, la cartuchera y el fiero revólver, y sólo una vez le vi tocada la cabeza con el gorro de cuero de la 1.ª Bandera de Falange de Palencia, que él nos regaló. Bajaba de Cotejón, cabalgando en la «Niña», a Brañosera para decirnos adiós. Se nos iba a la Legión. Los rostros atezados y terrosos de los falangistas se contraían para contener las lágrimas. Porque le idolatraban.

Dos palabras tuyas: «**Marcho contento de vuestro valor y disciplina. ¡Arriba España!**» Y de aquellos ojos vi caer unas lágrimas gruesas, que él sorbió, porque tenía la elegancia del héroe de no dar importancia a lo suyo.

Viene un señor a verte al frente de Agullar. El comandante conversaba con otro falangista anónimo, impecablemente vestido. Lorenzo vestía milicianamente.

—¿Pero es usted el capitán Ramírez?

—Para servirle—contestó él.

—¿Pero cómo está usted vestido así...? ¿Y el otro...?

Detallista para con sus muchachos, inspeccionaba a la continua su alimentación y vestuario; era su jefe, pero también su camarada y hermano mayor, y todos recordaban la transfiguración de su rostro y ademanes éxtáticos al explicarnos, en cierta ocasión, el concepto de la palabra «camarada»; había en él una refulgencia de hermandad cariñosa y gravedad de prosélito ardoroso.

No se me olvidará lo de un palentino que llegó al domicilio de Ramírez con ansias de conocerle, en la ocasión precisa en que, de paso, se hallaba en su casa el comandante; se le abrió la puerta, se asomó tímidamente, se cercioró de que era él y salió satisfecho, diciendo a voces:

—¡Ya le he visto, ya le he visto!...

De cara a la muerte, el salvador del frente Norte-Palencia-Santander estaba presente, con incendios de sacrificios y heroísmos, en sus muchachos y les arrastra aun con la magia de su recuerdo, que ha abierto surcos profundos en sus almas.

Aun muerto habla a la Falange y a la Legión con su ejemplaridad.

«No compensa la conquista de Lérida la muerte del comandante Ramírez», escribía el general jefe de la Legión, general Yagüe.

II

Por la gloria difícil de la Justicia social.

«La Justicia social que se ha de realizar con el pobre, terminada la guerra, me mantiene en ella con fe inquebrantable.» Estas palabras, que leí escritas, más que en una libreta de apuntes, en el alma del queridísimo capitán Cuadro, muerto heroicamente en Bricia, eran el impulsor de los actos de Ramírez.

Fué una noche borrascosa y de nieve aquella del 11 de diciembre de 1936 en las alturas del Cocoto (Barruelo). La nieve helada formaba carámbanos en la enmarañada cabellera del comandante, que recorría, sin cesar, las avanzadas hasta la primera luz.

¿Y quién no le iba a querer? Al estilo de la Legión formó una escuadra, llamada «Los hijos de la noche». De noche operaban. Sorprendían guardias, requisaban ganado en el campo enemigo, y cuando éstos se cansaban de tirar bombas de mano para espantar el miedo, caían «Los hijos de la noche» sobre las trincheras,

y el cuchillo de su cinto desenvainado volvía teñido en la sangre roja de los hijos de Lenin.

Una figura de estampa de leyenda acompañaba al comandante en las excursiones. Aquel «paterín» cenceño, duro, bondadoso y callado, Martín Montes, «qui vivit in Villallano». El cura de Villallano.

Y fué éste el que, compadecido de la vida recia del comandante en el Cocoto, un día bajó a Barruelo y se hizo con un colchón y una cama para el comandante Ramírez.

—¿Quién ha subido este colchón y esta cama?

Se presentó el autor del delito:

—A sus órdenes, mi comandante.

—¿Le he autorizado yo para que me busque estos lujos?... Si usted quiere, duerme usted en ella; yo duermo en el suelo, como los muchachos.

Y cogiendo el colchón y la cama los echó, rodando, monte abajo. Todos lo saben; fué la última chavola que se construyó en aquellas cumbres la de Ramírez.

Respetaba las jerarquías, pero sólo adoraba a Dios. Nunca aduló. Herido, en el monte Bermorio, con bala que le atravesó los muslos, estaba hospitalizado en Palencia. Y llegó un día a verle el falangista «Cocotudo», cabo de la Guardia civil, camarada Benedito, a tiempo que un personaje de la vieja democracia liberaloide, ex diputado, etc., etc., conversaba con Ramírez.

Incorpórase el comandante, y el viejo luchador le dió un abrazo de amigo. Sólo había una silla; la vieja etiqueta daría la preferencia al ex diputado, aristócrata de título, pero la nueva Justicia vibraba en el corazón de Ramírez.

—Siéntate tú, Benedito, que para eso vienes del cam-

po de batalla; estos señores tienen sillones cómodos en los casinos para sentarse.

Sentía la grandeza de la cruzada religiosocial. «Me voy a la guerra—escribe en una de sus cartas—porque he nacido para la guerra, porque me gusta la guerra..., pero, además, porque de ella saldrá la salvación de la Justicia para España.»

No pocas veces tuve que llevar a los pueblos oficios enérgicos para que cumplieran las autoridades lo dispuesto sobre el subsidio del combatiente. La sangre, y las heridas, y el dolor, y el hambre ajenos removían sus entrañas de justicia y caridad.

Y, sin embargo, el disimulo en la apropiación de lo ajeno, aun a título de botín de guerra, le repugnaba.

¿Quién fuera? No nos interesa. Es el caso que un día le presentan al comandante a X., que se ha apropiado mil pesetas como botín.

Sin eufemismos:

—¿Tú robaste a la señora Z. mil pesetas?

—No, mi comandante—contesta el interpelado—. Las requisé.

—¿Y tú no sabes que la requisa es una manera elegante de robar? ¿Tú no sabes que en Falange no queremos ni sinvergüenzas ni ladrones?

—Bien, mi comandante, bien.

—No bien, sino mal, mal—y lo acompañó con una sonora bofetada, que hizo rodar por el suelo al encubierto X.—. ¿Y lo oyes? La justicia es para todos: para los de arriba y los de abajo.

El paisaje hace al hombre. Esta justicia inflexible es la del viejo castellano—rutas de Burgos, Barbadillo, Gormaz y Soria; voces de Rodrigo Díaz de Vivar, exigien-

do, inflexible, la justicia a los reyes—. De luz diáfana, de llanadas abiertas, de barbechos duros. Castilla forja estos caracteres tajantes de sinceridad y hambrientos de justicia. Así era Lorenzo Ramírez.

Y la justicia la comenzaba Ramírez en sí mismo, con el trabajo callado y perseverante, con el dormir y comer como miliciano y con las recompensas y castigos, que brotaban del deber cumplido o abandonado.

Y valga la genialidad del caso. A las horas de guardia, por la seguridad de la misma, encuentra un día, jugando a las cartas, a tres de sus muchachos... ¿Castigo? «Váis a seguir jugando a la baraja tres días, sin parar un momento..., y de balde..., y con centinelas de vista continuamente...» Y así se cumplió. Con estos métodos formó la solera de la laureada 1ª Bandera de F. E. T. de Palencia.

Sentimos—y quede ello escrito para lo que resta del librito—no tener apenas datos de su actuación con los legionarios, más honda aún y magnífica en la campaña. Así se ha fraguado siempre la Historia de España con el héroe casi anónimo de Castilla, duro como sus alcores, austero como su paisaje y callado como los hilos de agua que parten de sus barbechos.

Escribe el ayudante legionario de Ramírez: «Concedor de la responsabilidad de la vida de los hombres a él confiados, a veces nos parecían exagerados sus cuidados. En los sitios donde vivaqueaba su Bandera establecía un servicio con el objeto de que nadie saliera de la zona en la que el enemigo se diera cuenta de nuestro asentamiento, y bien comprobado queda que así nos hemos evitado muchas bajas. Todos los servicios iban matemáticamente estudiados; todo el perso-

nal de la Bandera cumplía lo mejor posible, pues el comandante Ramírez era el primero en cumplir.»

»Su vida particular era austera; en los sitios donde, por las circunstancias, se pudiera permitir alguna comodidad, seguía lo mismo que en las trincheras: estuvo, una vez, más de tres días con sus noches sin descansar.»

¿Y quién podía exigirle más? La Justicia social. Para salir por el reconocimiento de los méritos auténticos, ni las cárceles, ni los arrestos, ni las jerarquías le detuvieron.

«Recibo de X. la orden adjunta, que colma ya la injusticia que con la gente a mis órdenes se está cometiendo... Creía yo ser el jefe de la Agrupación A.; así constaba en la orden del E. M., y como tal he funcionado con los muchachos en todos los momentos de apuro, y como tal me tienen todos los que están a mis órdenes... Y ahora que todo ha pasado (excepto la lluvia, el frío, la nieve, el viento y la neblina), que están también a mis órdenes inmediatas...», etc.

Pocas veces se destacó mejor la reciedumbre de su figura que en aquellas horas grises de llovizna, en ascensión penosa a la conquista de Vallejo, pueblo enclavado en la falda del Terena. Perseverando en su vieja costumbre de acudir al fuego con sus heridas sin cerrar, apoyado en dos falangistas de su escolta—porque sus piernas, atravesadas, no le permitían caminar solo—, llegó a apoderarse del pueblo.

No teníamos ni patria, ni España, ni Justicia: vamos reconquistándola palmo a palmo, se ha abierto el sepulcro del Cid y prosiguen las gestas heroicas de la raza...

Cuando la veamos resucitar en estos temperamen-

tos insobornables, enérgicos y decisivos, es que amanece España y una era imperial de penetración espiritualista va a clavar sus banderas en tierras hermanas y en los corazones antes de Ella alejados.

III

«Con el gesto erguido de los descubridores que saludaban al sol.» Onésimo Redondo.

Sólo un pueblo levantado en armas, con jefes solidarios de la idea revolucionaria que el Caudillo va plasmando en realidades sociales y religiosas, podía hacer grande a España.

El profeta del Alzamiento, José Antonio, había dicho: «Una nación no es un rebaño, es un quehacer en la Historia. No queremos más gritos de miedo; queremos la voz de mando que vuelva a lanzar a España, a paso resuelto, por el campo universal de los destinos históricos.»

Y salió la vibración y el alma de esa voz en el Caudillo, Franco; y los que presentaban la continuidad de la obra nuevamente creadora de España, se lanzaron por los campos de un imperialismo redentor.

Cada uno en su puesto: el comandante Ramírez fué

el liberador del Norte de la provincia palentina, puerta norteña de la llanura para adueñarse de Castilla.

¡Horas trágicas de esto aquellas en las que el entonces capitán Ramírez llegaba a la plaza de Aguilar de Campóo, el 20 de julio! Aún le recuerdo de paisano, hecho el reclutamiento por los pueblos y organizados por él, en Centurias de Falange, los campesinos, que, dejando la siega y la trilla, subían a las camionetas, en un vértigo de patriotismo antimarxista.

Jefe provincial de Milicias, entonces, el capitán de Caballería, viejo luchador en la Falange, Vicente Lobo, trabajaba en moldear aquel material fogoso e inculto en milicia de los nobles muchachos voluntarios, para engendrar en ellos la fuerza de un ejército disciplinado.

Confianza en sus jefes Lobo y Ramírez, estricta obediencia a sus órdenes, valor heroico en el peligro, formaban el espíritu de aquellas Centurias que detenían ya, en los primeros momentos, el avance de los camiones rojos venidos de Reinosa, y llevaban en triunfo uno blindado por las calles de la ciudad de Palencia.

Todos los jóvenes de la provincia, fuera ya de los partidos políticos, porque todos ellos hedían a charca, se agruparon con jefes militares en la Falange, que llevaba en sus entrañas el sentido religioso y militar de la vida. Instintivamente realizaban lo que un día escribiera Onésimo Redondo...: «Acabar con el parlamentarismo, agonía de la Patria; con la Constitución masónica, grillete para las aspiraciones nacionales, y con los partidos políticos, cáncer del pueblo.» Y la juventud emprendió, animosa, la reconquista de España.

Porque estas líneas son una evocación para los que

aún quedan de los veteranos de Ramírez, me es grato copiar aquel primer laudo de aliento del capitán Lobo, escrito el 1 de agosto de 1936:

«Jefatura Provincial de Milicias de F. E. T. de las J. O. N. S de Palencia.—Sabed...

»Que a las Centurias destacadas en la frente Norte de Aguilar de Campóo le fueron confiadas, en el día de ayer, importantes misiones militares. Todos los camaradas cumplieron como España les pide y espera de ellos. He de significar muy principalmente, y haciendo mención especial, la actuación de los camaradas que a las órdenes del capitán Ramírez, nuestro camarada también, ocuparon las tres posiciones enemigas que se les ordenó, sin una baja de nuestra parte, recogiendo al enemigo varios muertos y cantidad de municiones.

»Hago constar públicamente mi felicitación al camarada Ramírez en esta orden, por el estado de disciplina e inmejorable espíritu de las Milicias a su mando, y muy especialmente por su actuación, en el día de ayer, al frente de su columna en Barruelo de Santullán.

»Hago constar asimismo públicamente, mediante esta orden, mi felicitación a los camaradas Moisés Arroyo, corneta de las Milicias a mi inmediato mando en Aguilar de Campóo, y Julio Bregel, corresponsal informativo de este servicio de F. E. T. de las J. O. N. S. y destacado con nosotros en primera línea, y que han vertido su sangre generosa por la Patria y víctimas de un avión enemigo. Mis Milicias sabrán pagar al enemigo con moneda apropiada.

»Camaradas: confío superar aún nuestra actuación en próximos cometidos. A ello nos incita la Patria, que

lo solicita; la sangre hermana, que lo exige, y vuestro jefe lo espera.—**Vicente Lobo**, jefe provincial de Milicias.»

¡Si parecía un prodigio! ¿Quién de aquellos muchachos había empuñado un fusil? La cuenca minera de Barruelo se abre dificultosamente entre las gargantas de Sierra Brañosera, Cotejón, Sextilón y Cocoto. Una población envenenada por el credo socialista, energúmenos de la pólvora y de la dinamita, se iba a enfrentar con imberbes muchachos de la Falange. Bosque cerrado y arisco; alturas de mil a mil quinientos metros; gargantas dominadas por los marxistas; crestas del Terrena, llave de todo el frente en poder de los rojos, y, sin embargo, allá marcha Ramírez con su oficial subalterno, el entonces teniente Rafael Pombo, y sus falangistas.

En el frente de guerra mi memoria es el único archivo de estas líneas, y están ya tan en lejanía aquellas heroicidades...! Pero ella me evoca el genio militar de Ramírez, que toma el Cotejón, llamado después por los conquistadores Fuerte Pombo; el Sextilón (Fuerte Ramírez) y el Cocoto, con el arrojo de las Milicias azules que él disciplinó, a las que infundió su espíritu combativo y catalogan nuestros primeros sacrificios y nuestros primeros gloriosos caídos. Y aquel frente de varios kilómetros lo mantenían, en un principio, poco más de mil setecientos soldados y falangistas, con escasa artillería que se montaba y desmontaba precipitadamente para trasladarla a otras posiciones, vomitando sus granadas ahora en Barruelo, después en Aguilar, más tarde en Pomar Valdivia.

Era la víspera de la toma del Cocoto. Reunidos en Barruelo varios jefes y oficiales, Cabanillas hacía gala de su arte de prestidigitador escamoteando un duro, que luego se multiplicaba en diversos sitios. De pronto..., ¡sif!..., una bala del Cocoto, todavía rojo, se llevó de sus dedos el duro. Cabanillas se quedó pasmado. Reaccionó ante la tranquilidad del comandante Ramírez, cuya cabeza corrió verdadero peligro...; fué al rincón donde había caído el duro, y sacando, por arte de su magia, tres duros más, dijo:

—Señores, no todo han de ser balas: los rojillos nos obsequian hoy con tres duros más.

Y tuvo su mejor éxito. Molesto Ramírez por aquel juego, propuso a los jefes una operación.

Al amanecer del día siguiente, unos cuantos bravos del Ejército y de la Falange se adueñaban del Cocoto casi sin bajas. La altura fué dominada, en poco tiempo, al estilo legionario. No varió sino que, en vez de «¡A mí, la Legión!», Ramírez gritaba: «¡A mí, la Falange!», mientras los rojillos se frotaban los ojos como si salieran de un mal sueño. Esto era el estilo y la forma de operar del antiguo novio de la muerte.

En el Cocoto estableció Ramírez la muralla infranqueable ante la que se estrellaran las embestidas del enemigo. El dirigió personalmente todo el trazado de las trincheras, de las chabolas y de la torreta, y como su primera y última palabra era el deber, allí estuvo sacrificado varios meses. Aún no repuesto de sus heridas que recibiera en el Bernorio, se apoderó de Vallejo y de su cuenca minera, e infatigable, recorría las líneas divisorias, cara al enemigo, con la impasibilidad

hija de su voluntad firme, que imponía poder a todos sus actos.

¿Y cómo iba a comprender la cobardía de los emboscados? Un día, en el Cocoto, se presentó—llamémosle así—un señor de veintisiete años a reclamar un jovencito de diecisiete que luchaba por aquellas alturas con la «escuadra de la muerte».

—Mi comandante, tendré que llevarme a este muchacho, por ser muy joven.

—Lo que tú eres... es un sinvergüenza, por no estar en el frente.

—Mi comandante, yo estoy enfermo: estoy un poco cojo.

—Que lo reconozcan—dijo el comandante—. ¿Tiene algo?

—No, mi comandante—contestó el médico.

—Pues que le den una camisa azul y un fusil, y a luchar.

Y así le incorporó.

En una era de claudicaciones acomodaticias como la que hemos pasado, tal vez se calificarán excesivamente duros estos procedimientos. No escribimos para la blandenguería del liberalismo demócrata, ni para las concesiones del populismo, sino para la generación de los jóvenes que levantan los muros de la nueva Patria. Mi recompensa es el que ellos me entiendan y amen el recuerdo de Ramírez. ¿No recordáis, viejos camaradas del Cocoto, aquella otra escena del famoso Bala (¡presente!)? Veintidós años tenía y veintisiete veces había estado en la cárcel. Ni impunemente se le engañaba a Ramírez.

Era muy áspera la vida en aquellas nevadas alturas

y el Bala buscó las dulzuras de Capúa en Barruelo, sin autorización de nadie. ¿Quién pone puertas al campo? Enterado Ramírez, dijo:

—Que suba inmediatamente.

Viejo en artimañas, tuvo el Bala la serenidad de aguantar al arranque de dos muelas enteras y sanas para justificar su breve ausencia. El comandante llama al médico Ramiro, herido gravemente, más tarde, en Sierra Palomera.

—Dale un vaso de aceite de ricino.

Lo tomó. ¿Y qué iba a hacer? Pero el truhancete metió los dedos en la boca y lo vomitó, entre paroxismos de muerte.

—¿Qué te pasa, hombre?—le dice el médico.

Este observó que el Bala se había hurgado con los dedos sucios la boca y se había infectado los alvéolos de las muelas sacadas.

Entonces, el comandante:

—Dos días arrestado; mejor, por grullo, tres, y que te den otro vaso de aceite de ricino.

Ya esta vez lo bebió el Bala sereno y contrito.

—Que le perdone el jefe de guardia—dijo Ramírez.

Así se hizo, y en amigable compañía, contando chistes para aguantar el chubasco, que hizo de la tienda un río de agua, pasaron todos la negra noche en la tienda de los jefes, en alegre camaradería.

Y a pesar de estas aparentes durezas, la idolatría—valga la palabra—hacia Ramírez en los muchachos continuamente crecía, porque él, que no bajaba nunca a Palencia para visitar a su mujer, podía exigir a los demás este sacrificio «Comprendo que uso un lenguaje bastante fuerte para emplearlo por un desconocido co-

mo yo. Pero confieso que lo soy, porque las labores propias de mi sexo no me permitieron visitar los despachos de la retaguardia, y los despachos no vinieron a mí.» Así escribía el 1 de marzo del 37, siendo comandante jefe provincial de Milicias de Palencia, a tenor de ciertos asuntos, al camarada delegado de la Junta de mando de la Falange.

El pueblo de Barruelo testimonió su gratitud el 3 de mayo del 37 a Ramírez, dedicándole una calle; y la Corporación municipal se lo comunicó con palabras justas: «La decidida y heroica actuación de usted al frente de un puñado de valientes, en aquellos momentos en que bandas de marxistas amenazaban apoderarse de este pueblo, derrotándolas y conquistando posiciones ventajosas por ellos ocupadas, que luego su genio y pericia militar constituyó en fortificaciones inexpugnables, alejando por completo el peligro que se cernía sobre este pueblo de Barruelo, le han hecho a usted acreedor a su gratitud y admiración, etc...»

La fe inmortal en la victoria le sostenía. Reclamados con pretextos especiosos por cucos guardianes del caciquismo viejo, se ausentaron dos buenos muchachos del frente Norte.

Ramírez los reclama inexorablemente. Comparecen al fin.

—¿Por qué os habéis marchado?

—Es que íbamos a luchar en otro sitio.

—¿Es que queráis militar bajo banderas de partidos muertos y no bajo las banderas victoriosas de Falange?

Así realizaba su obra patriótica en la oscuridad de un frente silenciado en la Prensa. La esfera del deber es infinita; el deber se realiza en secreto; no sigue la

rutina de la moralidad de formas convencionales; no se pregona a sí mismo. Para Ramírez sólo Dios y la Historia futura de la Patria serán los testigos de sus actos.

IV

Y sus pasos fueron visiones de triunfo.

El valor, que es la manifestación de la energía humana en todas las vicisitudes de la vida, crea una nobleza contagiosa. Caballero legionario es el timbre de los Tercios que fundó Millán Astray. Y es tal la influencia magnética que se desprende del historial y de las ordenanzas de la Legión, que el legionario servirá de puente para tomar la ciudad, el parapeto o la posición enemiga; pero será siempre puente de avance, nunca de retroceso.

Preliminar de los heroísmos de Ramírez en el Tercio fueron el año 1901 las conquistas del Gurugú, monte Arruit, Peñas Arráiz y Ras Medua y las ocupaciones de Axdir, Nador de Beni Ullisoco, Halant Sidi Muza e Iramal.

El entonces teniente coronel Francisco Franco, hoy Caudillo y Generalísimo de nuestras fuerzas, informaba

en 1924 de Ramírez, y escribía: «Es un buen oficial, muy valeroso, inteligente y competente.»

Había rechazado en 1923 en Tizzi Azza violentísimos ataques, distinguiéndose, por ir en cabeza siempre, en unos asaltos a la bayoneta. Operó también en Tizzi-alma y Dar Drius.

Hay en la Legión una orden que dice: «Cuando un caballero legionario haya gritado «¡A mí, la Legión!», los caballeros legionarios cumplirán la orden acudiendo en su auxilio, con razón o sin ella, despejando la situación rápidamente y con los medios que el momento aconseje.»

Había el 21 un blocao que le llamaban de la muerte. Todas las noches salía una pequeña guarnición de voluntarios heroicos, la mitad de los cuales era baja inevitablemente; pero el blocao había de conservarse hasta nueva orden a toda costa. Y mientras esto duró, todas las tardes se repetía la escena magnífica de valor y colorido. Se formaba la Bandera, y un jefe decía:

—Caballeros legionarios: hacen falta treinta hombres para el blocao de la muerte.

Y los caballeros legionarios, en posición de firmes y encarcando su pecho, respondían:

—Todos, todos.

Y se disputaban el honor por la Patria y la Bandera.

Entre ellos, se destacaba siempre la figura de un oficial de veintidós años... Lorenzo Ramírez.

En la orden general de la Comandancia de Melilla (8 de noviembre) se consigna que durante el octavo período de operaciones, de agosto de 1923 al 31 de enero de 1924, este oficial (Ramírez) se había distinguido

por los acertados fuegos de sus máquinas, por su valor y serenidad en todos los momentos del combate.

Solían constituir verdaderas batallas campales los aprovisionamientos de Tizzi Azza y Benítez; allí sobresalió Ramírez, cooperando en las acciones de Sidi Messamt, Dar Quebdani, Gorgues, Ben Karrich, Kudia Hedia, Xaguen, Kabila Garusus Mikal-La, y en las evacuaciones de Dar Akobla, Seruta y Zoco, en donde fué herido en un muslo.

En 1925 pasó de ayudante de la 4ª Bandera en Rifien a la columna del entonces teniente coronel don Francisco Franco, asistiendo a las operaciones de Haadras y Garracha, desembarcando en Alcázar Seguer bajo un intenso fuego enemigo, desalojándole de Kudia Gomasi.

Y en la orden general del ejército de operaciones del 28 de julio se le marcaba de «distinguidísimo» por su incansable actividad en la transmisión de órdenes a la línea de fuego y vigilancia de amunicionamientos, acompañando a las tropas atacantes en el momento del asalto; y como «distinguido notablemente» el día 7 de marzo del 24 en la transmisión de partes y órdenes, atravesando zonas batidas y demostrando gran actividad en la organización del amunicionamiento y evacuación de heridos. Actuó asimismo en los ataques del río Lucus y blocaos de Ain Alle.

No creo que debemos olvidar que en las guerras modernas es el sufrimiento una virtud tan elevada como el valor; y ahora que la guerra es más científica, ocupa el sufrimiento un puesto más elevado.

Hacer frente al peligro en posición de firmes, mientras las balas esparcen la muerte a su alrededor; no

hacer fuego hasta que se haya dado la voz de mando; ser serenos en la lluvia de metralla que esparcen los aviones; mostrarse imperturbable cuando los obuses de la artillería desgarran los tejidos de carne humana; todo ello dice que en las guerras actuales quien mejor puede sufrir, puede mejor vencer.

Y la sugestión de Ramírez sobre sus subordinados era la serenidad en el peligro, serenidad que quería fuese la herencia y características de su escuela; porque es indudable que Ramírez tenía escuela propia de su carácter, por su genialidad, por su austeridad, por sus ideas propias y por su arrojo.

El que esto escribe es profano en arte militar; pero ya en dos años de campaña ha tenido tiempo y reflexión para valorizar acciones y personas, y con la sinceridad de sus actos, asegura que Ramírez es de los hombres geniales que elevan el arte militar a una especie de religión salvadora.

Y me encuentro con que en 1926, el entonces coronel Millán Astray escribía de Ramírez estas palabras: «Serio, enérgico, entusiasta y competente: dotes extraordinarias.» Ellas avalan, pues, mi humilde criterio, al apellidarle el Místico de la Guerra.

El desembarco en Alhucemas, gloria del marqués de Estella, al que el tiempo, testigo insobornable de los hechos, ha dado en todo la razón, tienen en Ramírez un héroe anónimo. Callado en sus manifestaciones, sólo una vez logré arrancarle unas palabras sobre aquella magnífica operación, enaltecida por la ocupación de Iberloque.

Me he detenido en la reseña de estas campañas africanas, por haber sido Marruecos su escuela de forma-

ción, y recordarlo él con nostalgias de vencedor infatigable y auténtico novio de la muerte.

* * *

Narrar lentamente su historial en la Legión en esta Cruzada sería reseñar toda la campaña, desde el 5 de mayo de 1937. No olvidemos que su espíritu fué siempre el de la Legión. Escribe en uno de sus oficios a la Jefatura Nacional de Milicias de F. E. el 26 de enero del 37:

«Y yo, espíritu militar cien por cien, que por servir a la Falange y no dejar abandonadas estas milicias (las del Norte) de la provincia de Palencia, he violentado mis inclinaciones, y por ello no me fuí a la Legión, donde estaba todo lo que he sido y adonde me llamaba mi porvenir y mi carrera...»

Hubo cosas extrañas que la prudencia debe reservar por ahora para cursar sus instancias a la Legión. Al fin se enrolaba en ella, si la memoria no me falla, el 5 de abril del 37. Allá seguiremos sus pasos de triunfador. El general Yagüe le confió el mando de la 6ª Bandera, que se encontraba en El Plantío (frente de Madrid); no se esperó mucho su actuación. Los días 8, 9 y 10 de abril rechazó con brillantéz, en la Cuesta de las Perdices y la Cuesta de la Reina, desesperados contraataques del enemigo, que no se resignaba a dejar en nuestro poder algunas trincheras a los rojos arrebatadas.

Todavía el 10 y 11 de mayo del mismo año soñaron los marxistas con adueñarse de nuevo de Toledo. Ramírez, al frente de su Bandera, sostiene encarnizada

batalla con los rojos, que con lujo de material y hombres inmortalizaron en aquella jornada el empuje de la 6ª Bandera, laureada ya por su victoria.

En aquella ocasión caía Ramírez herido por segunda vez en esta guerra: una bala le atravesó la mano en el momento en que utilizaba los gemelos de campaña, incrustándole los cristales en el rostro, y entre el dolor horrible, se sonreía y decía: «¡Viva España!»

«Tuve la fortuna—me escribe uno de sus oficiales—de ser evacuado con el comandante, herido yo también en la misma operación del 11 de mayo. Sólo quedaron 70 de la Bandera. Y al compadecerme de sus heridas y de la pérdida de su ojo, me contestó:

—El ojo es lo de menos... lo que me duele son mis gemelos, hechos añicos...

El enemigo, en número cinco veces mayor que las fuerzas que componían la 6ª Bandera, había de apoderarse de la posición por ésta defendida, atacándola tres veces el día 10 y siete el 11; tuvo la Bandera un 50 por 100 de bajas. Pero gracias a este heroísmo la posición núm. 7 no cayó en poder del enemigo, que empleó contra ella toda su artillería en fuego intenso y no interrumpido: llegaron sus tanques a diez metros de nuestras líneas.

«Somos héroes incógnitos todos;
nadie aspira a saber quién soy yo...»

Dice el cantar del legionario; por ello el ayudante del comandante Ramírez escribe unas notas de sentimiento hondo sobre su comandante y oculta su nombre.

«Del hospital—dice—volvió sin curarse—este era su

estilo—a Talavera, donde se hizo cargo de la Bandera. Su personalidad se nos revela en esta época. Cuando el ataque de Brunete, la 6ª Bandera fué enviada al barrio de Usera, donde los rojos... se habían apoderado del Cerro Blanco. Llave de aquellas posiciones. Allí acudió la 6ª Bandera a las tres de la madrugada, aventurera y saturada de espíritu combativo, a probar suerte. Un batallón de Argel, que resistió los desiguales combates, aguantaba a escasos metros y era ya su situación muy desfavorable.

—¿Dónde está el jefe de la fuerza?—preguntó el comandante Ramírez.

—Ahí—le contestan.

Se entrevistan los dos comandantes; le explica la situación, y la 6ª Bandera va intercalándose en un espacio inverosímil y en la misma trinchera que los de Argel; la distancia que nos separa de los rojos es de 20 metros. El comandante Ramírez ve que la acción ha de ser rápida y que la situación desde aquel momento no puede sostenerse durante el día; llama a sus capitanes y les da órdenes; permanece la fuerza al lado del enemigo, y al clarear el día, una avalancha de hombres trepan decididos breves minutos por Cerro Blanco y precedidos por múltiples lumbres de muerte y horriblos estampidos, queda la posición en nuestro poder; todo ello en diez minutos.

Sigue la 22 compañía recorriendo la larga trinchera, que nos conduce hasta el punto llamado de la muerte, y allí se hacen fuertes; pero quedan separados por un trozo muy largo que estaba batido. El cuidado de aquella gente está bajo la protección del comandante Ra-

mírez, y desde su puesto sigue la operación, atento a todo detalle.

—Mi comandante, bombas de mano para la trinchera de la muerte.

El comandante Ramírez manda bombas y pide bombas, y no hay cuidado que se agote el repuesto; ordena que dos camiones blindados se pongan a nuestro servicio, y tenemos asegurada la munición.

Fué muy divulgado el parte que después de tomado el Cerro Blanco redactó Ramírez para el teniente coronel jefe del sector. Decía así:

«Recuperado lo perdido.—Ramírez.»

Así era el comandante. Dentro de ese parte encubría tantos trabajos y tantos peligros como su vida, ejemplo de militares y ciudadanos. Nadie, con la pluma ni con la palabra, puede dar una idea de la persona del comandante Ramírez; es menester conocerle y estar a sus órdenes. «Ya que nos has dejado, nos queda tu ejemplo, del que podemos gloriarnos al imitarle. No he tenido la suerte de acompañarte en tus últimos momentos, como hubiese deseado; pero escribo estas líneas en tu memoria, que creo agradecerás desde ese puesto muy alto, de los más altos, que haya en la otra vida.»

Queden estas palabras como el retrato que tu ayudante, ingenuo, hace de ti..., Ramírez..., con la sinceridad del que de cerca vió también que nunca vivías para ti.

Y la guerra siguió devastando los campos y las ciudades de España, salvando ésta con su sangre los valores espirituales y reafirmando el dogma inmovible y magnífico de la Falange: la Patria, el Pan y la Justicia.

Una honda y negra visión cubría a veces de tinieblas la mente de Ramírez. ¿Por qué no decirlo...? ¿O es que se va a seguir esta guerra sin el espíritu con que se comenzó...? ¿Sin la sinceridad insobornable de la juventud no corrompida aún por la hipocresía de la vida?

«Nuestro régimen—escribía José Antonio—tendrá de común, con todos los regímenes revolucionarios, el venir así, del desencanto, de la protesta, del amor amargo por la Patria; será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmando con la España exacta, difícil y eterna, que esconde la vena de la verdadera tradición española.»

Ramírez luchaba consigo mismo, porque le parecía imposible la realización—Imanes del caciquismo y de la vieja liberal democracia, aún rondantes la mesa del presupuesto!—de los artículos escritos ya en el Fuero del Trabajo y coronados por el XVI, que dice: «El Estado se compromete a incorporar la juventud combatiente a los puestos de trabajo, de honor o de mando, a los que tienen derecho como españoles y que han conquistado como héroes.»

Y, sin embargo, como los héroes siguió luchando.

Se había extraviado la instancia para su ascenso efectivo. En tono de broma, uno de sus oficiales:

—Mi comandante, si no se cursa la instancia, usted no podrá funcionar.

—Escúchame—contestó el comandante—; ascender, no ascenderé...; pero ya saben los de arriba que luchar..., lucho, y pegar..., pego...

En la ofensiva de Aragón se destacó su intervención, lo mismo en la liberación de Teruel que en los avances

posteriores, recabando para él y su Bandera gloriosa los objetivos más peligrosos y los empeños más altos.

En el pueblo de Calanda entra victoriosa la Bandera. El comandante, el primero; unos metros delante de sus caballeros legionarios, con su clásica cachava en la mano. Verle un rojo y precipitarse sobre el jefe legionario, fué cosa de segundos. El comandante, hábil esgrimista, de un golpe paralizó la acometida del rojo, que quedaba a los pocos momentos atravesado por el cuchillo de un legionario.

Un cabo del quinto grupo de carros de asalto legionarios levantó la torreta del carro, y sin parar la atención en las ráfagas de ametralladoras, tiros de fusil y bombas de mano, se cuadró ante Ramírez, y con su mano derecha, destrozada por una bomba, chorreando sangre, en posición de firme y con saludo romano, dijo:

—Mi comandante, sin novedad en los carros de combate.

Enterado del heroísmo el general legionario, formadas las Banderas, sobre el campo de combate, prendió de su pecho la medalla de oro, la más alta presea del mérito militar.

Arranque sublime el del legionario: «Sin novedad en los carros de combate.» Buen discípulo del maestro. ¿Es que alguien vió torcer el gesto, con el dolor, al comandante Ramírez?

Cuando tuve el honor de acompañarle, herido en sus dos piernas en el Bernorio, no le oí más que esta frase en la salita de curas del hospital de Aguilar:

—Yo no necesito cura, y si necesito más médicos en el monte, para mis falangistas.

El tenía la virtud mágica de la fascinación. Pudiera decir con las palabras del Centurión del Evangelio:

«Soy hombre de autoridad, tengo soldados a mis órdenes, y a este hombre digo vete, y se va; a otro ven, y viene; y a mi asistente haz esto, y lo hace.»

Era un vigilante centinela en su puesto de victoria o de combate. ¿Su destino? Cumplir a secas con su deber, convivir en la santa hermandad de la muerte con sus combatientes; su vida fué breve, pero heroica. Amó a la Patria hasta el sacrificio de su existencia; fué bondadoso para los que estaban necesitados de él, sus falangistas y legionarios, y sólo en Dios vió el descanso de sus tareas.

V

Pon tu confianza en Dios y sigue la senda del deber.

«Lo religioso y lo militar—decía en uno de sus discursos José Antonio—son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida.» En los comienzos de la campaña todos presenciábamos la explosión de religiosidad de los que llegaban a los frentes de guerra cubiertas sus blusas azules o pardas de medallas y escapularios. Ello nacía del espíritu religioso de aquellos nobles muchachos y del deseo de las madres, hermanas o novias, ansiosas de volver a estrechar a sus seres queridos, confiando el logro de ello a la protección de lo alto, cuyos simbolismos prendían en los pechos de los guerreros. Ramírez llevaba también su crucifijo y la medalla de su Virgencita al cuello. Sincero y profundamente creyente, no tenía ostentaciones farisaicas en sus creencias: era la raíz de esto el conocimiento razonado

que tenía de la religión y el aprovechar cualquier oportunidad para informarse de ella más a fondo.

Veladas para mí llenas de una emotividad dulcísima aquellas en las que, reunidos en las cabañas del monte, en los míseros tenduchos de los pueblos conquistados o al aire libre, los jefes Ramírez (¡presente!), Velloso (¡presente!), Cuadrao (¡presente!), Rafael Pombo (herido), Ramiro (herido) y Alaminos (herido), este «páter» que escribe desgranaba lo poco de su ciencia, que a la bondad de ellos les parecía mucho en comunidad de aspiraciones, regenerándose interiormente nuestras almas con el bautismo de ideas salvadoras.

¡Me inunda la tristeza de los desaparecidos! Aún recuerdo la frase de Ramírez al saber la muerte de Cuadrao: «Moriremos los tres amigos; si no nos mata una bala enemiga, puede ser que nos mate una bala amiga; no quedaremos ninguno; nos encontraremos en el campo de la eternidad, junto a Dios justo y misericordioso.» ¡Si parecía una estatua de Berruguete en su misticismo interno, en su rezar quieto y abstraído! El era el primero en acudir, si el servicio lo permitía, al rezo del rosario en las chabolas y a las cortas charlas religiosas, patrióticas o sociales del «páter».

¿Cómo era aquella mañana? Sólo flotan en mi memoria las nubes en desgarrones fríos, que venían a humedecer nuestro cuerpo y a aterir nuestros huesos. El monte vestía de blanco, y en el paisaje que se extendía a nuestros pies levantaban también blancas sus cabezas los oteros y serpeaban, con cintas de plata bruñida, los arroyuelos, un poco embravecidos por el deshielo.

La tarde anterior había recorrido los parapetos y trincheras, confesando a aquellos nobles muchachos: era

la víspera de la Inmaculada y querían todos comulgar. Aterido, fui llevado a la cabaña de los oficiales, y allí se calentaron mis pies al amor de los tizones metidos en una herrada vieja, improvisado brasero, y mi cuerpo se entonó con unas copas de coñac.

Respaldado por unos bancales de piedra; abierto en el suelo un hoyo para meterme en él y hacer de mesa del Sacrificio la tierra y las piedras de él extraídas, cubiertas con una manta de campaña, nunca sentí mejor la grandiosidad íntima del Sacrificio Eucarístico. El altar era el monte abrupto y salvaje—un día también campamento romano—, que sintió el estremecimiento de las águilas imperiales batidas en Cantabria. El Ara, los peñascos, huesos gigantescos de aquel monte, estremecidos con júbilos de resurrección de la Patria. La música, el silbido de las balas rojas, que interrumpían nuestros cantos religiosos con blasfemias rabiosas y disparos de fusil. Dosel, aquel cielo con rasgones de gloria, pues sus nubes volanderas parecían los pliegues de un dosel flotante.

Y cuando alcé la Hostia Sagrada en mis manos y dije las palabras evangélicas: «Señor, yo no soy digno», me pareció que el Señor me quitaba de los labios aquel «Yo no soy digno» y sentía que El me decía:

«Aunque soy inmenso, buen albergue es para Mí el corazón de los que cantando dan por Mí la vida.»

Ahí está la fotografía ingenua, hecha por un muchacho anónimo, y en ella, de rodillas, en actitud de devoción profunda, reciben al Señor los jefes, los oficiales, los soldados, los requetés, los falangistas. Ahí está Ramírez, sereno en su rostro y sintiendo la fe del creyente sin alharacas, pero tampoco con cobardías ver-

gonzantes. ¡Qué marco tan recio de dolor para la nueva religiosidad española, que debe perder algo de rutinismo farisaico y adquirir el militarismo tajante de la vida sinceramente religiosa!

—No quiero ni cobardes ni hipócritas; quiero sinceridad en todos los actos de la vida—solía repetir Ramírez.

Fué la noche vieja de 1936 de aguaceros recios y destemplados. Para descanso de sus mujeres, los capitanes Cuadrao y Pombo y el comandante Ramírez las habían invitado a pasar en el frente aquella noche, en cena frugal y animada con el «páter» que esto escribe. Otro personaje notorio en la política del régimen pasado, convertido como Saulo en el camino de Damasco, alegraba aquella cena con su gracejo inacabable. La noche había avanzado y Ramírez dijo:

—Para cerrar el año viejo y abrir el nuevo con más suerte, que el «páter», si puede, nos diga Misa a media noche.

Así se hizo.

Y pocas veces me impresionó tanto la humildad con que aquellos bravos jefes, mezclados con el—un día—irascible «jabalí» del Parlamento, adoraron al Niño Dios en su cunita. Que me perdone el innominado este recuerdo y lo ofrezca por la resurrección de España. El, resucitado a vida mejor por la verdad de su conversión.

—No quiero que nadie tome el nombre de Dios como tapadera de sus egoísmos.

Esto decía a sus muchachos Ramírez, con ocasión del cumplimiento pascual de 1937, y él, afanoso y sacrificado, exigía a los «páter» de la Bandera afán y sacrificio.

VI

La dulce amistad es el emblema de la nobleza del alma.

Duro consigo mismo, Ramírez era, en la intimidad, el amigo dulce, sincero, siempre el amigo. Y quien ha encontrado un amigo, ha encontrado un tesoro. Si a tus manos llegan, capitán Triana, estas líneas, no sé si recordarás que heridos ambos, Ramírez se tiró precipitadamente de su coche para abrazarte, en Talavera.

Fué un día lluvioso y frío de marzo cuando llegó el profesor de mi niñez, P. Miguel Cascón, al pueblo barroso y sucio de Cillamayor, en donde estaba destacada la Bandera. Mi agradecimiento fué tan grande como mi alegría, que la expresé en un abrazo cordial a mi hermano y profesor. Nadie había venido a aquellos barrizales a verme, y también a mí me gusta la visita de las personas queridas.

Un poco cruel, invité al P. Cascón a subir a «Chamo-

nix», nombre pomposo con que se había bautizado la falda del Terena; la tarde era áspera y lluviosa. Con sus hábitos y zapatos de ciudad, el Padre emprendió, animoso, la subida entre las torrenteras; el comandante Ramírez, aprovechando un recodo de la vereda, se me acerca y, con timbre de voz cariñosa, me dice:

—Me parece, P. Francés, una crueldad el dar estos trotes al P. Cascón. ¡Pobre señor, me da penal!

Yo me encogí de hombros, y en mi interior cuajó un pensamiento no sé si de orgullo o de vengancilla: «¡Que aprenda así lo que es vivir en estos andurriales!»

A Ramírez, más compasivo, no le aguantó el corazón ver estas andanzas, y sin más cargó a costas con el P. Cascón, que no es ningún peso pluma.

Quando los historiadores se encuentran con la amistad de Niso y Euralio, o de París y Patroclo, parece que descansan, como descansa en un oasis el viajero perdido en los arenales del desierto.

La amistad, no sé si vieja o nacida en el frente Norte, de Lorenzo Ramírez, Emeterio Cuadrao y Rafael Pombo era una representación de aquella página de la «Eneida» y la «Ilíada». Justiciero e inflexible Ramírez, inquieto y gracioso Cuadrao, dulce e ingenuo Pombo, se aunaron sus almas en una, y los dolores y las alegrías eran comunes a las tres. Encuadrado entre ellos por mis servicios religiosos, logré aprisionar en mi corazón algunas efusiones de su amistad, que las guardo como perfume añejo en pomo de alabastro.

El epistolario entre amigos es la manifestación ingenua de las almas. Yo quisiera tener alguna de esas cartas, pero ellas no han llegado a mis manos. Por rara casualidad guardo un papel volandero que finge una

carta escrita por Ramírez a su hermanito menor, Rafael Pombo, al saber que éste había recibido un balazo en el pulmón, en la escampada de Bricia. Dice así:

«Comandante Pombo: Un abrazo muy fuerte y una enhorabuena muy fuerte también de tu hermano mayor, **Lorenzo.**»

Y él, militar rígido en la disciplina de su vida, hizo la pequeña trastada de escaparse del hospital de Valladolid para ir a abrazar en Burgos a Rafael, entre las lágrimas que se mezclaron en aquel abrazo fraterno, al pronunciar Lorenzo estas palabras, que yo, testigo de la escena, recogí:

—Nos falta ya nuestro hermano Emeterio.

Enclavado por la Superioridad en la 6ª Bandera del Tercio, no olvida a sus amigos. Estos estaban encaprichados en seguir luchando a las órdenes de Ramírez. No logra hacerles desistir de sus pretensiones sino con un engaño amistoso: «Aquí—escribe—sobran capitanes, por ahora. Algún día faltarán, seguramente, y entonces, si yo todavía vivo, volveremos a reunirnos, y no podéis dudarlo, pues bien sabéis lo que sois para mí, hermandad que ni el tiempo ni nada podrá borrar.»

Los dos capitanes Cuadro y Pombo recordaron, al leer la carta en mi presencia, con añoranza solícita, que tal vez no le faltaban al comandante capitanes valerosos; le faltarían aquellos que rebuscaban los más escondidos recovecos de los comercios, para suministrar a Ramírez lo que constituía, por la enfermedad del estómago, con la leche, su alimentación: las almendras.

Más le dolían los presentimientos de ver algún día heridos o muertos a sus amigos, que sus heridas: «Mi querido amigo y hermano: Por fin me han «cazado» he-

rdo), pero ten en cuenta que es preciso que alguien se ocupe de la Falange, y, por lo tanto, es necesario que no te den a ti también; así es que te ruego como amigo y te ordeno como jefe que te guardes para el bien de nosotros, pues, afortunadamente, no tienes que demostrar a nadie tu valor. Recibe un fuerte abrazo de tu camarada **Lorenzo Ramírez.**»

Dice el filósofo Gar-Mar, profundamente, en su **Sinfonía psíquica**: «Es preciso que los hombres se conozcan algo para que se unan, y es preciso que se unan mucho para que se conozcan mejor. Pero también es más preciso que alguna vez se separen, para que el conocimiento sea aún más perfecto.»

Distanciado de sus amistades, Lorenzo las conocía y quería más. En el fragor de la batalla tenía amor para borrajear, sobre un papelucho, una alabanza, un aliento para sus amigos: «Querido hermanillo—escribía a Rafael—: Ya sé que has operado y que sigues y que seguirás siempre logrando todos los objetivos, como no podía menos de suceder. Que continúes cosechando éxitos, y quiera Dios que no te suceda nada. Un enorme abrazo de tu hermano **Lorenzo.**»

El corazón siempre tiene tiempo para sus cosas.

Lorenzo piensa y siente siempre en revolucionario. Sus amores tienen también disparos de revolución. Laura era una mujercita de Ciudad-Rodrigo. ¿No conocéis esa vieja ciudad, llave de Portugal y España? Allá se

duerme entre un foso dieciochesco y un castillo enriqueño.

Tiene plazas de viejo imperio. Pedagogía de guerra. Asomos de recia hembra española. Quema el sol a plomo. Los toros bravean en las dehesas. Wellington se adornó en su ducado con las galas de su escudo.

Tuvo también Lorenzo su proclamación de primavera sentimental. Proclamación para sólo su Amada. Tro-naba recio. Era hijo del trueno. Ardores de estío. Mieles de Alcarria.

Pasó el Estrecho en el que riñen dos mares. No rasgó el testamento de Isabel la Católica. Se fué a ganar tierras para España. «Pero las atracciones del amor son más intensas entre dos almas que entre dos sexos. Esto lo saben muy bien los que tienen mucha alma, y no pueden saberlo bien los que sólo tienen mucho cuerpo.»

La imagen de Laura doraba sus sueños. Porque una tarde los vi acodados en la muralla dieciochesca. El no rimaba en cadencias su pasión, ni ella anticipaba, con ojos martirizadores, su eterno sí.

Maduró el amor en playas africanas. Y un día pensó arribar a tierras castellanas para rubricar en firme su amor.

—Mi comandante—dijo Lorenzo—: me voy a disfrutar del permiso, ya concedido por el anterior jefe de la Bandera, para mi boda

—De ninguna manera. A su puesto.

—Mi comandante, no creo necesaria mi presencia en la Bandera, que está de descanso. Y, por otra parte, está la celebración preparada para el día...

—Pues no se casará usted en ese día...

—Mi comandante, a sus órdenes; yo permaneceré ese día en la Bandera, pero también me casaré...

—Imposible. Usted no sale de África.

El amor es más fuerte que la muerte. ¿Y va a venderle el mar, sepulcro de muertos? El telégrafo avisa a su hermano Hilario que se case, el día prefijado para la boda, con Laura, por poder...

El corazón tiene, pues, siempre para sus cosas tiempo e ingenio. ¡Y cómo comenzó aquí su carrera el amor dulce y sabroso con dolor!

INTERMEZZO

VOZ DE LA SANGRE

«Bien muerto estás.»

Debí dormir Federico II de Prusia cuando escribió aquella frase: «Si mis soldados pensasen, ya no habría ninguno en las filas.»

En nuestros soldados, porque pensaban, persistía el valor constante y sentían más el dicho de Cervantes de que «el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga».

Primeros días de la Revolución nacional. El sol de estío se clava en las carnes de mis falangistas como agujas puestas al rojo.

Eran unas angosturas puertas naturales de Castilla a la Montaña. Por allí se adentra Castilla en los caminos que desembocan en su mar.

A la otra banda flirteaban con la guerra, coquetonamente, los milicianos rojos. El «¡No pasarán!» les man-

tenía en una euforia envidiable, y se entretenían en disparar tiros como si anduvieran a la caza de incautas perdices.

En la paz augusta de las noches veraniegas intentaban hilvanar diálogos de atracción, con la oferta hasta de las milicianas de mono azul y cabellera suelta, que creían ser la guerra un paseo al monte, altar de sus amores libres.

Pero los batallas no se ganan con razonamientos. Y amaneció el combate. Sobre la roca dura, que cubre como caparazón de tortuga la entraña rica en carbón, huían los reyes del barreno y de la dinamita. Barruelo, negro por la hulla y rojo antes por el vino marxista, cantaba ya el himno de su libertad. La demagogia nada había creado en aquel pueblo rico, y los extravíos de ella desacreditaron el ansia de justicia que otros desgraciados reclamaban justamente.

Las flechas de la camisa azul de aquellas centurias, novicias en el arte militar, se clavaban en las alturas del Sextillón como banderas victoriosas.

Acertó a encuadrarse en la Bandera de Ramírez un héroe anónimo. ¡Qué importa su nombre! En un rinconcito de la vega saldañesa había florecido aquel árbol tierno por su juventud, anciano y fuerte por su valor.

Y, un día de verano, pasó junto a mí. Le traían ya muerto. Sólo unas gotas de sangre rubricaban su heroísmo sobre las flechas de la Falange. Era la primera víctima de mis centurias. Quisieron cubrir de gloria la ofrenda de su vida a la Patria libre.

Envuelto el falangista en la bandera española y en la rojinegra de la Falange; era su rostro moreno y cur-

tido, recia estampa castellana de una escultura de Beruguete.

Moscardoneaba una avioneta roja en los alrededores de la vieja plaza palentina de Aguilar de Campóo. El sol caldeaba; reseco en las fauces y ardor en los corazones. «Si te dicen que caí,—me fuí al puesto que tengo allí», tarareaban unos chicuelos en la plaza del hospital.

Allí velaban al camarada que hacía ya la guardia sobre los luceros cuatro falangistas, con rasgones en sus camisas, sucias del polvo de la guerra. Las monjitas, bondadosas, musitaban plegarias de amor y de dolor. ¡Si ellas son la flor de la bondad femenina virginal!

De pronto rompe el silencio una voz: «¿Dónde, dónde está?» De rugosa faz atezada; ojos negros, velados por unas lágrimas que rompen por salir, pero las contiene la virilidad; boca reseca de cansancio y amargura, llegaba firme el padre del falangista, bracero de tierra de pan llevar.

Se le avisó de la muerte de su hijo. «Pues voy a darle el último beso», respondió.

¿Dónde está el artista para inmortalizar la sencillez sublime de aquel cuadro?

De rodillas, el padre pone su último beso—pero... ¿cómo es el beso de un padre en esta hora...?—en la frente de su hijo; reza una plegaria en silencio, cruzadas sus manos sarmentosas, y poniéndose en pie, más fuerte que un Alcides, más noble que un Cid Campeador, dice, con voz clara, estas palabras, que yo, fiel cronista, en tan santa ocasión recogí para mi archivo de grandezas anónimas:

—BIEN MUERTO ESTAS, HIJO MIO, PUES HAS MUERTO POR DIOS Y POR ESPAÑA...

No pudo más, y un rugido de dolor, envuelto en llanto silencioso, rompió aquel pecho, que parecía recoger el rebote de la bala que destrozó el de su hijo.

El comandante Ramírez contemplaba la escena en silencio; momentos más tarde pronunciaba, delante de sus centurias solas, estas palabras, que rubricaban aquel cuadro de heroísmo:

—Maldición para el que malogre o trafique con la sangre de estos héroes que cayeron por la Patria, el Pan y la Justicia!

VII

«Dí a mi amada, la
muerte, dónde vivo, y
que no tarde, que ace-
lere el paso.» — A. Sal-
gado.

Escribe el general jefe del Tercio, con fecha 21 de mayo de 1937, a Ramírez: «La actuación de la 6ª Bandera y de su jefe, comandante Ramírez, ha sido magnífica. La Legión está orgullosa de los dos, y yo la he propuesto para la Cruz Laureada de San Fernando colectiva. Usted a curarse, ante todo; hombres de su temple son necesarios siempre, y más ahora; después a luchar y, si es necesario, a morir, y ¡Arriba Español... Con todo cariño y admiración le abraza su amigo **Juan Yagüe.**»

Esta es la tragedia: desaparición de los hombres de temple. La muerte se ceba en lo que es gala y decoro de la Tierra. Elige sus víctimas con fruición. La muerte, en ronda volante, le acarició varias veces con sus negras alas.

Aún recuerdo aquel día—llanuras y colinas de Belchite—de recio sol veraniego y caminos polvorientos. Actuaba Ramírez de teniente coronel. Los bravos legionarios de una compañía subían, en ascensión fogueada, a un monte. Pero aquello tenía una lentitud que se alejaba de la acometividad ya inmortalizada en la Legión. Una pregunta al capitán:

—¿Por qué no ondea ya la bandera nacional en la cumbre?

—Mi teniente coronel, hostigan mucho los rojos con la artillería, y a tiro hecho, porque nos ven.

Ramírez monta en su caballo, coge la bandera nacional él mismo y la planta en la cima del monte. Un obús levanta polvo de gloria alrededor de la enseña y de Ramírez, intacto por la gracia de Dios y de su fortuna.

Yo llegué a Lérida cuando los rosales ya de la España de Franco se abrían en corona triunfal y sus huertas aún tenían la marca de la desidia roja y las embandernaban con manchones sucios, papeles rotos, rasgones de viejo vestuario, cápsulas a montones y fusiles abandonados.

Un silencio angustioso, sólo quebrantado por el tableteo de las ametralladoras a la otra orilla del Segre, cubría la primera capital de Cataluña arrancada a la barbarie moscovita.

Como esqueletos truncados abrían las cuencas vacías de sus ojos muchas casas de las ramblas de España. Me detuve a celebrar el Santo Sacrificio en el archivo de Cataluña. Entre aquellos anaqueles, cubiertos de polvo de las escombreras, sonaban las palabras

de la Consagración a purificación de la blasfemia marxista.

Salí a la calle.

Tronaba el cañón castigador y tímidamente subí al castillo, para divisar el lugar de la catástrofe. A lo lejos se esfumaba la Granja del Escarpe, en donde hacía guardia de triunfo y dolor la primera Bandera de Falange de Palencia, que para Ramírez tenía un altar en cada corazón.

Allá se perfilaba la carretera de Zaragoza a Barcelona y los caminos, cortados por el Cinca y el Segre, que se abren, en un espasmo de planicie, hacia los llanos de Urgel.

Por allí proseguía su marcha, rebasando la capital catalana, las 6ª Bandera del Tercio, en plan de viaje triunfal.

El comandante Ramírez, imperturbable al cañón rojo, avizoraba las posiciones enemigas. Un obús—el de la suerte gloriosa; dulce y honroso es morir por la Patria—estalló cerca del comandante, destrozándole la metralla.

Momentos después formaba en la guardia eterna de los muertos por Dios, España y su Revolución Nacional-sindicalista.

Desde los luceros oirás: «Volverán, banderas victoriosas,—al paso alegre de la paz...» Y un estremecimiento de revolución constructiva, fructífera, sentirán con tu recuerdo aquellos de los buenos que quieran hacer buena tu sangre y redentora tu ejemplaridad de cristiano, español, legionario y falangista.

CAMARADA COMANDANTE LORENZO RAMIREZ JIMENEZ: ¡PRESENTE!

VIII

Recibió la silenciosa caída de muchas lágrimas sobre su sepulcro.

La nueva España de Falange no teje coronas sobre las tumbas de sus caídos. Tiene un estilo nuevo. Y es un servicio—un servicio nada más—el caer en la brecha de la conquista.

La tragedia de España ha sido ésta: la de cantar con ditirambos inútiles, en la hora trágica y decisiva del hombre, lo que debió acoger en su vida como orientaciones, normas o construcción de recio caminar por los senderos del engrandecimiento de España.

Para el creyente, la fe abre, en rompientes de luz, la visión y el disfrute de una vida sin taras de egoísmos, en fusión excelsa con la divinidad. Para el patriota, el sueño eterno no es el descanso en la rigidez estatutaria de una manera de perpetuarse como en piedra miliaria, para ejemplaridad de las generaciones venideras.

Para el falangista es carne de juventud, de disciplina y de heroísmo en el silencio oscuro de la piedra, que, en bloque ancho de la España que amanece, contribuye a levantar el edificio de la nueva Patria.

Se supo la muerte de Lorenzo Rodríguez. ¿Como se saben todas?... No... Como se sabe la de los héroes discutidos; pero, en la hora en que no estorban a nadie, por todos reconocidos hasta generosamente.

Las lágrimas de los que de veras le querían y admiraban salían, en rebeldía feroz de sus ojos, como restando a la muerte, la emperatriz y tirana del dolor sin consuelos.

Cayó sobre aquel pedazo de Castilla—antiguos Campos Góticos, Tierra de Campos—como trallazo en rostro de hidalgo. Nadie le llamó caudillo, pero lo era de las masas juveniles castellanas de Falange, que no encumbran sino a los recios retoños de Rodrigo Díaz de Vivar.

Llegaron sus restos en un atardecer gris, y en una mañana abrilena, entre el silencio de pesadumbre de todas las categorías sociales; entre el gemir profundo de sus viejos camaradas; al recio sonar del toque de las cornetas del Ejército y la Falange; entre luces de Flechas de juventudes, que prestaban su calor de sol naciente, salmodiaba la Iglesia el «Líbrame, Señor, de la muerte eterna, cuando se estremezcan, en espasmos de agonía, los cielos y la tierra... Creo que mi Redentor vive y en esta misma carne ha de resucitar...».

Las banderas de gloria de España y de justicia y dolor de Falange se ceñían a aquella envoltura de desgarrones de carne de Ramírez, que tuvo potencia im-

pulsora mientras ardió dentro la llama inmortal del espíritu.

Allá quedaban en su dolor de mujer—como tantas madres, como tantas esposas, como tantas hermanas—las que un día le tejieron su carne de vida o le ciñeron, entre abrazos de amor, su corazón varonil de guerrero. Nadie puede burlarse impunemente ni de este dolor escondido, ni de esta sangre redentora. El Dios justiciero no puede dar entrada en su gloria a los burladores de esta campaña.

Viejos legionarios de sus Banderas, nobles muchachos de su Falange, llevaron el peso de un cuerpo marcado con resplandores de cicatrices—sello de la Patria en angustias de salvación—, y al resonar, lanzado como un eco de inmortalidad, por el consejero nacional, camarada Girón, CAMARADA LORENZO RAMÍREZ, que la muchedumbre contestó: PRESENTE..., palpitó en un estremecimiento de gloria la realidad de aquel hombre, aborrecedor sistemático de la alabanza y pregonador en su conducta de la austeridad de la vieja guardia de España.

Se fué al puesto que tiene allí—encima de las escombreras humeantes de la Patria dolorida—arriba, sobre los luceros que alumbran el nuevo nacimiento de la España, una, grande y libre.

Y cayó Ramírez, este corazón bueno de Castilla, en tierras de Cataluña, para fecundar la sementera de imperialismos de unidad de todas las tierras de España, de todos los hombres de España, del destino universal de fe y civilización de España. Y fué su cuna, y es su sepulcro, esta Castilla atormentada y despreciada.

«Esta tierra—que dice José Antonio—de Castilla, que

es la tierra sin galas, sin adornos, la tierra absoluta, la tierra, que no es color local, ni es la característica, ni es el río, ni es el lindero, ni es el altozano... La tierra como de esos valores eternos; la austeridad en la conducta; el sentido religioso de la vida, y la alianza, la solidaridad entre los antepasados y la tradición... Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto. El cielo tan azul y sin celajes, tan sin reflejos verdosos de frondas eternas, que se dijera es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto, mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca; ha tenido que ser un imperio.»

Pero Ramírez, como otros mil, voló a los cielos de la Inmortalidad de Dios y de la Patria, para lograr lo que el Caudillo Franco estampó en su mensaje de saludo y salvación a todas las Españas: «Queremos una España, una e indivisible, bajo la égida de un Gobierno fuerte, con alto sentido de la justicia social, por la que ni un solo hogar español deje de tener lumbre, ni un solo trabajador esté sin pan.»

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA.

¡SALUDO A FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA!

INDICE

	<u>Páginas</u>
I.—Muerto, aún habla,	11
II.—Por la gloria difícil de la Justicia social.	15
III.—"Con el gesto erguido de los descubridores que saludaban al sol."—Onésimo Redondo.	21
IV.—Y sus pasos fueron visiones de triunfo.	30
V.—Pon tu confianza en Dios y sigue la senda del deber.	41
VI.—La dulce amistad es el emblema de la nobleza del alma	45
VII.—"Di a mi amada, la muerte, dónde vivo, y que no tarde, que acelere el paso."—A. Salgado.	54
VIII.—Recibió la silenciosa calma de muchas lágrimas sobre su sepulcro	57

LIBRERÍA LA TRASTIENDA



Mariano D. Berrueta, 11

Tfno.: 987 215 285

Ruiz de Salazar, 16

Tfno.: 987 876 222

LEÓN

Autor Francis,

Leech

Título Por los rúes

del heroísmo.

Ref. Cot. 15

Precio 12 €

COT-15 / 7.00 Dedic, autor.

12 €

